

P A P E L

LA REVISTA
DIARIA DE
EL MUNDO

MARTES 10
DE NOVIEMBRE
DE 2020



“SON MUCHOS LOS DEMONIOS POR QUITAR”

Más de 900 españoles son hoy presos en el exterior. Le ocurrió a Juanjo, en la imagen, encarcelado durante seis años en Perú. El programa Restauravidas de la Fundación Abogacía Española les ayuda: “La palabra que más repiten al contar su historia es infierno”

POR PEDRO SIMÓN MADRID
FOTOGRAFÍA: ANTONIO HEREDIA

Publicación	El Mundo Madrid, 40
Soporte	Prensa Escrita
Circulación	31 669
Difusión	24 857
Audiencia	188 000

Fecha	10/11/2020
País	España
V. Comunicación	300 342 EUR (356,588 USD)
Tamaño	453,01 cm² (72,7%)
V.Publicitario	38 635 EUR (45 870 USD)

POR PEDRO SIMÓN OVIEDO

ROCÍO RECUERDA las noches en la cárcel limeña con una mezcla de asco y pavor: «Me tapaba los oídos con papel higiénico para que no se me metieran las cucarachas». José tiene una imagen grabada en aquella prisión de Brasil: «Mataron a un preso y estuvieron jugando al fútbol con su cabeza». Felipe escribe de su puño y letra su vida en un centro penitenciario de Caracas, Venezuela: «Había tres cubos. Uno para orinar, otro para la basura y otro para las heces. Si alguno era más revoltoso de la cuenta, lo sacaban y le daban una paliza de muerte con bates de beisbol».

Rafael te cuenta por qué salió de aquel correccional de República Dominicana con la cadera y la columna destrozadas: «Para dormir en el suelo había que pagar. Tenías que pagar por un cacho de suelo. Pero yo no tenía dinero. A los que no lo teníamos, nos ataban a una columna y dormíamos en vertical. Yo estuve seis meses así».

Así es la infravida de los presos españoles en el extranjero. Un colectivo de poco más de 900 internos que recibe un trato muy desigual dependiendo del lugar donde se cumple la condena.

Lo saben en Restauravidas, un programa de la Fundación Abogacía Española destinado a este tipo de reclusos que sirve de astillero y de puente.

Astillero, porque allí tratan de reparar lo dañado.

Puente, porque la intención última es prepararlos para cruzar al otro lado: la vida ahí fuera.

«Vienen con las vidas muy rotas y nos cuentan cosas tremendas», cuenta la abogada Esther Pascual. «Unos nos dicen que allí han visto morir a varios españoles. Otros nos dicen que existen personas peores de las que te puedes imaginar. Otros te explican cómo vivían 400 en un solo espacio... Normalizan la inhumanidad, el hambre, la sed. Si, la palabra que más utilizan para hablar de su experiencia es infierno».

Por qué será que hay cosas que prefieren no contar. Porque será que hay

familias que no quieren saber de ellos.

Por qué será que la mayoría detesta el arroz.

(...)
Todo lo que dicen lo tiene anotado Esther Pascual en un cuaderno de tapas marrones. Ella y la psicóloga y mediadora Francisca Lozano se ocupan de este programa de justicia restaurativa que empezó a comienzos de 2019 y por el que han pasado más de una veintena de presos.

Llegan sin nada a esa puerta de entrada a España que es la prisión de Soto del Real (el centro encargado de recepción a los que vienen del extranjero). A casi ninguno le espera nadie. El deterioro está a la vista. Comienzan los trámites de los traslados a otros territorios nacionales en los casos solicitados (un proceso que lleva meses). Y, mientras esperan, está ese

cárcel. El niño nació muerto. Nunca me dejaron verlo». Julio estuvo 14 años preso en Brasil. Vino en febrero. Estaba muy desvalido mentalmente, babeaba, narraba una historia imposible: «Yo vi cómo se comían a un preso».

Jota Erre, natural de Zaragoza, relata su estado de salud. Está escrito: «Tengo cirrosis, hepatitis C, varices estomacales, neumonía».

La letra pequeña del cuaderno de las tapas marrones tiene que ver con unas cifras grandes. Un total de 907 ciudadanos españoles cumple condena en prisiones extranjeras, según datos de la Fundación de la Abogacía Española. Los países con más internos nacionales son Francia (153), Alemania (108), Marruecos (106), Portugal (52), Perú (49), Reino Unido (38), Bélgica (37), Estados

(...)
En la extraña historia de Juan José Fernández se juntan, por este orden, el deambular errático del perdido, la frenada en seco del reo obligado a parar y, finalmente, la enseñanza del renacido en el sitio más complicado.

El donostiarra ingresó en la penitenciaría de Sarita Colonia (Perú) después de

[asentamientos ilegales de venta de droga en Madrid], a hacer palets en la calle en pleno diciembre, mi vida la manejaban el alcohol y el juego, caí en las deudas. Así que me captaron en la calle para hacer un viaje con droga. Me pagaban 3.000 euros por kilo. En el primero, en 2012, me volví de vacío. En el segundo, lo conseguí. En el tercero, me

escaleras, uno sí y uno no en cada escalón». Allí meaba en una botella de litro de yogur. O cababa a la vista del otro, que hacía lo propio a 60 centímetros de él. Allí estuvo seis años durmiendo con una colchoneta en un pasillo. Porque no tenía para pagarse el jergón.

«Ahora vivo en Asturias, entro una vez por semana por Skype a las sesiones de Restauravidas, gracias a ellos estoy aquí. Hablamos. Antes mentía como mierda y ahora me prohíbo mentir. Que me escuchen me hace estar tranquilo, más contento, mejor, normal. Me encuentro muy entero, pero son muchos demonios los que hay que quitar de encima».

(...)
Francisca Lorenzo es la psicóloga que les escucha junto al resto de los internos. Cita el «trauma que sufren en forma de pesadillas en muchos casos». Pero por encima destaca su «fortaleza», su «resiliencia», su «felicidad por recuperar la vida».

«Les ayudamos en la revinculación familiar. Muchos familiares no quieren saber nada de ellos», afirma. «Nosotros les ayudamos a aceptarlo y a seguir».

La inmensa mayoría está encarcelada por tráfico de drogas. Parte de los presos declara haber sido engañado con el viaje. De media, cobran 10.000 euros por cada uno realizado con éxito. De media han hecho hasta dos o tres trabajos como mulas. Uno de los internos hizo hasta seis y declaró con pasmosa sinceridad que, a pesar de la cárcel, la ganancia le había compensado. Muchos se niegan a asumir el daño causado y niegan que hayan cometido un delito.

Pero volvamos al cuaderno marrón. En concreto, a esas páginas donde la abogada Esther Pascual ha tomado notas sobre la historia de José Luis.

José Luis se tiró 28 meses en una prisión de Brasil, lo suficiente como para calificar su experiencia de «muy traumática».

Tiene 59 años. Un hijo.

Cómo será lo que ha visto ese hombre del ser humano en la cárcel, que Esther ha anotado en boli rojo: «Dice que lo único que quiere es recuperar sus perros».

1.200 PRESOS EN UN PABELLÓN, 42 EN LA MISMA CELDA Y HASTA TRES EN EL MISMO COLCHÓN

ser detenido el 20 de abril de 2013 con cinco kilogramos de pasta base de cocaína en el aeropuerto de Lima. Allí se tiró seis años y ocho meses. Salió libre en diciembre de 2019. En el consulado le dijeron que podría ser repatriado en un vuelo conjunto rumbo a España en marzo. Pero

pillaron». Su historia es atípica porque aquel infierno en el que entraba pintaba menos duro que el infierno del que venía.

Cuenta que, en el momento en que fue detenido, sintió una liberación, un respiro. «Bendita cárcel», las



Juanjo, ex preso en una cárcel de Perú donde cumplió seis años y ocho meses de condena por tráfico de drogas. ANTONIO HEREDIA

diván-puerto refugio llamado Restauravidas.

«Cuando se puede, la dinámica es en círculo restaurativo; ahora es online por culpa del coronavirus. Les asesoramos legalmente, les atendemos psicológicamente. Es una terapia en voz alta. El hecho de ver que hay muchos que han pasado por la misma

Unidos (37), Italia (32), Colombia (27) y Brasil (26).

Francisco Segovia es el coordinador de la Fundación Abogacía Española. «En el año 2014, con el pico de la crisis, había más de 2.000 españoles presos en el extranjero y ahora son unos 900», contextualiza. «La situación es distinta. Pero, con la

entonces llegaron la pandemia y el estado de alarma a nuestro país. Se quedó en la calle. Encontró techo y sustento en la casa de otro ex presidiario. Si el 21 de septiembre Juan José aterrizaba en Madrid fue porque la Fundación Abogacía Española le pagó los 800 euros del billete de vuelta.

«Por entonces mi relación había acabado en un mal divorcio, ya bebía demasiado, acababa los días peor que Homer Simpson. Tenía un buen trabajo en Telefónica. Pero lo dejé para montar una empresa de energía solar. Justo en ese momento llegó la crisis... Y empecé a entrar en un mundo muy turbio... Llegué a trabajar para un gitano en la Cañada Real

comillas son suyas. Entró con 43 años y, cuando salió seis más tarde, se miró en un espejo: «Era como si tuviera 25». Estas comillas también lo son.

«Lo primero que aprendes al entrar es que hay que tener cuidado con la pensadora [la mente]. Fue como apagar un interruptor. Decidí de dejar de beber, de torturarme, me puse a leer [cita *La madre de Gorki* y Ensayo sobre la ceguera de Saramago por encima del resto]. Y aquello me salvó».

Allí vio morir a siete españoles, allí vio cómo encajan 42 presos en una misma celda. O 1.200 en un pabellón pensado para un centenar. Ese Tetris: «Dormían hasta tres en el mismo colchón. En las

UNOS DICEN QUE HAN VISTO MORIR A VARIOS ESPAÑOLES, OTROS QUE HAN VISTO LO PEOR

experiencia les libera». Pero volvamos al cuaderno de tapas marrones.

Una reclusa que pasó por cuatro prisiones en cuatro años en Perú cuenta, está anotado: «Me violaron en la

pandemia, se ha perdido bastante contacto entre el recluso y el abogado. Con Restauravidas, no sólo ofrecemos apoyo jurídico, sino que vamos a la prevención del delito con la sensibilización».